

Ícaro

por Lucas González, 2026.

La inercia me tira, me desgarrar entre soplos de pavor. Siento cómo me levanto, cómo ya no yazgo en el suelo eternamente etéreo que me sujeta, que me pide que no lo abandone, que aulla por seguir en esta infamia. Pero cómo se puede seguir así sin más, en esta cruenta lucha entre lo que soy y lo que anhelo. Deseos que se levantan con el viento. Mas me paro. Roto. Partido. Prendido. Y duele, oh, cuánto duele cada suspiro. El gran pavor aparece, me dice que el vuelo ha de acabar, que no puedo escapar, que seguiré en este implacable vaivén. Y sigo, cómo sigo, con esta voluntad encarnizada en poder volar. ¿Acaso no estaré soñando anhelos? Y puede ser, puede que todo acabe dentro de estas barras que me encierran, que tenga que comparecer ante ti, Padre, que estás en los cielos, que no nos diste alas, solo estos rojos corazones. Veo el mar, a través de la enfermedad de mi celda. La libertad espera allá donde no cae la noche. Y me apoya, me dice que vuele lejos, tan lejos. Sólo le podré responder cuando esté condenado por tanto escapar. Pero seguiré subiendo, hasta que esta tierra maldita desaparezca, y estemos todos allá pensando en cómo se puede estar tan arriba sin caer, cuando podamos discutir sobre la felicidad. Mas ahora debemos conquistar nuestra felicidad. Pelear, pelear y pelear, hasta que la sangre suspire en nuestros cuerpos. Y me empiezan a quemar mis alas. Es tu castigo, Padre, que me das por haber hecho esto. Me sacan de mi celda, pero para ir a esa sala. Aunque estoy tan alto ahora. Creo que el mar ya no me abrazará con su brisa, ni los árboles me prestarán sombra alguna. Pero te he alcanzado, Padre, y no hay palabra que te pueda alcanzar ni achicar esta distancia. Mis manos, eternas por momentos, actúan. Las miro. Miro mis alas. Humo. Llamas. Fuego. Ya está listo. Camino al patíbulo. Te maté, oh, Padre, y por eso ahora caigo.